
INTRODUCCIÓN DEL COORDINADOR

Arturo Azuela

Pocos meses después de la Segunda Guerra Mundial, Agustín Yáñez terminó el último manuscrito de *Al filo del agua*. Años atrás, la Revolución Mexicana había llegado a su punto final. Entre la incertidumbre y la reafirmación de los valores artísticos del pasado inmediato, la narrativa iba adquiriendo una nueva dirección. De Jalisco llegaban los nuevos narradores. Para ese entonces, Agustín Yáñez era uno de los más destacados; se admiraban ya sus retratos de mujeres y sus ensayos literarios; también se hablaba de sus actividades académicas y de sus aspiraciones políticas. Por eso hemos pedido a don Antonio Gómez Robledo, diplomático y filósofo, amigo de Yáñez a lo largo de cinco décadas, un perfil biográfico del gran escritor jalisciense; y por eso también, por su conocimiento del autor y de su literatura, hemos seleccionado el ensayo de José Luis Martínez «La significación de *Al filo del agua* (Iniciación y obra)». Ambos textos se complementan y nos recrean las realidades de un narrador que fija sus pupilas en la situación de un pueblo a punto de comenzar la Revolución de Madero.

El análisis de *Al filo del agua*, con muchos ángulos y perspectivas, debe ir más allá de las meras descripciones históricas; además, no sólo debe ahondar en los cambios y estructuras y planos temporales o en las estrictas situaciones anecdóticas. En 1947 la narrativa mexicana había recibido la influencia de muchas voces y de nuevas orientaciones artísticas. Yáñez estuvo muy atento a esas influencias. Ya las habían recibido, en la música, Silvestre Revueltas y, en la pintura, Orozco y Rivera. Por otra parte, *Los Contemporáneos* habían llevado a cabo importantes rupturas en la poesía y en el ensayo literario. En este aspecto, es esclarecedora la aportación de Ignacio Díaz Ruiz al profundizar en la historia personal de Agustín Yáñez y en el itinerario de su obra.

Al filo del agua también supera el costumbrismo de una larga etapa de la narrativa hispanoamericana; rebasa la anécdota y los lenguajes de los paraísos idílicos de nuestro mundo rural. Es por ello que, además de los comentarios

filológicos de Adolfo Caicedo, damos a conocer un análisis profundo de Françoise Perus en torno a la poética narrativa de Agustín Yáñez en *Al filo del agua*; a la peripecia del lingüista se suman los distintos ángulos del narrador omnisciente; también se analizan diálogos y monólogos de los más importantes personajes. Desde el «Acto preparatorio» hasta «El Cometa Halley», desde «Ejercicios de encierro» hasta «El día de la Santa Cruz», pasando por «Los días santos», «La desgracia de Damián Limón» y «Estudiantes y ausentes», se va demostrando que, al borde de la tempestad, se vive la muerte en diversas atmósferas religiosas. Bien se ha dicho que Yáñez no presenta una acusación contra la Iglesia; está muy lejos de la diatriba; es la institución misma la que, de acuerdo con su proceso histórico, se va transformando en su propia víctima. Los males, los prejuicios, el quebrantamiento de las tablas de la ley o los pecados capitales en las vidas cotidianas van arrasando con la «pureza» del camino para encontrar los paraísos de la salvación. El mundo pierde su armonía en la búsqueda infructuosa de ese lugar del más allá donde, después de esta vida, «se está bien con Dios».

Poco a poco, a medida que aumentan los buenos lectores de *Al filo del agua*, en otros países se dan a conocer otros grandes textos narrativos —*El señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias, *Adán Buenosayres* de Marechal, *El aleph* de Jorge Luis Borges o *La vida breve* de Juan Carlos Onetti— y la narrativa hispanoamericana, sin olvidar su sólida tradición, se abre hacia nuevos horizontes; en aquellos años de la posguerra, camina desde los temas históricos hasta la confrontación de personajes en una sociedad en crisis. «El hombre vive su existencia en el proceso de descifrar su sentido, no en la conquista de ninguna meta.»

En «Pueblo de mujeres enlutadas: el programa descriptivo en *Al filo del agua*», Carlos Monsiváis, con su agudo sentido literario, sabe que el autor incita al lector hacia una actitud creativa, hacia una participación activa y una recreación de los entornos y la interioridad de los personajes. En muchas ocasiones la poesía en prosa hace del pasado un presente vivo, la realidad de un futuro inmediato. Por eso también, en diversos aspectos, esa fiel recreación de la vida de un pueblo al borde del estallido revolucionario, hace que la novela sea un testimonio histórico, que la historia del país se haga presente no sólo por plazas y calles sino también en las actitudes de distintos personajes.

Al publicarse la novela, habían transcurrido más de treinta años de la primera edición de *Los de abajo* de Mariano Azuela. Ocho años después se publicaría *Pedro Páramo* de Juan Rulfo. Las tres grandes novelas del siglo XX mexicano nacieron con lenguajes y ambientes jaliscienses. De acuerdo con las notas explicativas y la cronología —ambas supervisadas por Adolfo Caicedo—, *Al filo del agua* es el punto culminante de una serie de trabajos autobiográficos del mismo autor. De esta manera Agustín Yáñez rompe lo particular para llegar a las realidades más profundas de hombres y mujeres. En este sentido, en el último ensa-

yo en torno a las lecturas del texto, Pura López Colomé describe la modernidad de *Al filo del agua*, esas intenciones para ubicar la narración con los entramados y técnicas de nuestros días, para darle proyección universal a «ese pueblo conventual... de algunas casas —cuán pocas— furtivamente abiertas...», ese mundo de mujeres enlutadas donde «pasa la vida; llega la muerte; o el amor. El amor, que es la más extraña, la más extrema forma de morir; la más peligrosa y temida forma de vivir el morir».

Historiador, profesor, político, director de la Academia, cuentista, promotor cultural, fundamentalmente novelista, ministro de educación en tiempos difíciles, Agustín Yáñez fue un gran escritor a la vez tradicional e innovador; su obra novelística se vincula a la corriente poderosa de nuestros audaces y verdaderos narradores: José Joaquín Fernández de Lizardi, José T. Cuéllar, Manuel Payno, Micrós, Heriberto Frías, Mariano Azuela, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán y Mauricio Magdaleno. Después de *Al filo del agua*, su obra maestra, la narrativa mexicana cambió hacia múltiples direcciones. Entre los ejes cartesianos y la dialéctica freudiana, entre las acciones lineales y la interrelación de planos temporales, sus personajes se desdoblaron —«hay tantos estilos como desdoblamientos»—, de tal manera que, en ese pueblo, ahí donde el deseo «disimula su respiración; respiración profunda, respiración de fiebre a fuerzas contenida», el escritor trasciende los linderos de los entornos más visibles para trasladarse finalmente a la realidad plena, al mundo de la condición humana.